

Introducción

Durante siete años he venido manteniendo la página web www.deadcaulfields.com, dedicada, «a la vida y obra de J. D. Salinger». La página ha crecido bastante y recibe numerosas visitas, pero rara vez genera más que un puñado de correos electrónicos diarios. Así que pueden imaginar mi sorpresa cuando revisé el correo del jueves 28 de enero de 2010 y encontré no tres o cuatro mensajes, sino cincuenta y siete. Sin embargo, permanecieron sin abrir durante horas, hasta que reuní el coraje necesario para enfrentarme a ellos. Al mirar el primero de la lista supe con exactitud lo que había pasado y supe también que siempre recordaría aquel día. Las noticias me miraban desde la bandeja de entrada con la más escueta y desagradable de las cabeceras. Decían: «J. D. Salinger, descanse en paz», aunque deberían haber dicho: «Arenas movedizas».

Probablemente sea necesario dar algunas explicaciones. Casi desde el momento en que creé la página me puse a darle vueltas a la idea de este libro, decidido a proporcionar un relato veraz, justo y sin sentimentalismos de la vida de Salinger, impregnado de agradecimiento por su obra. Después de siete años, por fin completé la labor. De hecho, había enviado la versión final del último capítulo hacía sólo una semana. Durante siete años había estado completamente sumergido en Salinger, sus escritos, su filosofía y los más pequeños detalles de su vida. Se había convertido en mi compañero permanente. Y ahora se había ido.

Aunque tal vez hubiera podido dejar a un lado mis correos electrónicos durante algún tiempo, no podía ignorar mi página web. La última actualización tenía tres semanas de antigüedad; era un mensaje de felicitación al autor por

su noventa y un cumpleaños, aderezado con cálidos deseos para una larga vida que de pronto habían adquirido un cariz obscuro. En un intento de abordar la muerte de Salinger le pedí a mi cerebro un puñado de palabras adecuadas para un tributo que sabía que debería haber preparado ya, pero que ni siquiera había sido capaz de considerar. En vano busqué un sentimiento que estuviera a la altura del hombre. No un epitafio. Recordé el disgusto de Holden Caulfield ante todos los farsantes que depositaban flores en la tumba de Allie, hasta que empezó a llover y sus prioridades cambiaron de repente. El propio Salinger no creía en la muerte, y yo lo sabía. Lo que necesitaba ofrecerle era un homenaje, una llamada a la gratitud y no a la tristeza. Lo que Salinger merecía era una afirmación, y pedí que otros se unieran a mí para redactarla.

Todavía dudo de la calidad de mi escrito. Éste palidece ante los incontables y elocuentes memoriales que Salinger ha recibido desde entonces, pero es honrado y cordial. No es un escrito de duelo por el fallecido, es una invitación al homenaje a la esencia de J. D. Salinger; lo ofrezco aquí de nuevo a todos los que deseen honrar al autor ahora o en cualquier momento durante los años por venir:

Lee. Explora, sea por primera o vigésima vez, *El guardián entre el centeno*. Lee *Nueve cuentos*, *Franny y Zooey*, *Levantad, carpinteros*, *la viga del tejado* y *Seymour*. Vuelve a vivir las obras de Salinger, en tributo al autor que está tan profundamente imbricado en ellas. Puede que Salinger, el hombre, se haya ido —y eso hace que este mundo sea un lugar más vacío—, pero siempre pervivirá en las páginas que ha creado y, a través de su arte, permanecerá tan vivo hoy y mañana como cuando caminaba por los bulevares de Nueva York y recorría los bosques de New Hampshire.

Kenneth Slawenski
Nueva Jersey, Estados Unidos
Marzo de 2010